

es también el representante de la comunidad, y de esta manera se origina igualmente un sacerdocio. En este grado de desarrollo religioso el sacerdote es el guarda y encargado de un fetiche, un servidor que está en relaciones diarias con el dios.

Es natural que coincidan á menudo ambos cargos. Nadie más á propósito para cuidar y guardar la morada de un dios que los señalados por la misma mano de éste como varones que le son gratos, y que merced á esta distinción del dios, están familiarizados con su modo de ser y su voluntad. Por otra parte, los que diariamente se ocupan en la conservación de la morada de un dios están en condiciones especiales para sentirse poseídos de su espíritu. Sacerdotes y videntes se han apartado unos de otros á menudo en el curso de la historia y hasta hostilizado mutuamente, pero unos y otros arrancan de unas mismas ideas religiosas, y por eso desde antiguo recaen frecuentemente ambas funciones en una misma persona (1).

Es importante confirmación de los resultados que hemos obtenido hasta aquí en nuestras investigaciones sobre la primitiva religión de Israel, el que hallemos también trasplantadas á la de Jehová las funciones á que hacemos referencia. Los encargados de ellas estaban comprendidos en el antiguo Israel en la categoría de los varones poseídos de Dios y siervos suyos (*'isch' elohim*). Encontramos asimismo videntes (*rd'ae, h'ozae*), que en sus visiones lograban conocer la voluntad de Jehová, y el ejemplo de Samuel nos demuestra que se solían confiar también á estos hombres que estaban al servicio de Jehová, las funciones de custodios de un lugar del culto. Parece también que en la época más remota á que alcanza la memoria histórica, el cargo de vidente no era de grande importancia si no llevaba anejos los derechos de sacerdote. Es posible que no fuera esto siempre así, y acaso no fueran tampoco todos los videntes del antiguo Israel tan fieles representantes de los conceptos de la religión de Jehová como Samuel. Forma notable contraste con éste Balaam, el cual por un lado se presenta como adivino, que con igual éxito así echa bendiciones como maldiciones, recibiendo salario por ambas cosas, y por otro lado aparece como vidente que consulta y solicita á Jehová, y cuando, contra la voluntad de éste, se deja comprar para maldecir á Israel, se ve obligado á bendecirlo. De Moisés también se nos refiere un hecho que le da carácter de mago pagano. En la batalla de Rephidim vencen los israelitas mientras tiene alzada la mano con el báculo de sacerdote, y ceden tan pronto como la deja caer, por lo que Aaron y Chun tienen que sostenerla en alto hasta haber logrado completa victoria. No estará muy fuera de lugar la suposición de que así en este como en otros rasgos de la leyenda se refleja la lucha de las ideas de la religión de Jehová con el método de videntes más antiguos y de

(1) De lo expresado se desprende que es un error tachar desde luego de farsantes á estas personas. No lo son porque no solo su estado anormal les inspira su convicción, sino que muchas veces cumplen en realidad lo que pretenden. Pero naturalmente es este un terreno que se presta muy fácilmente al engaño, y constituye un punto de transición hacia la corrupción religiosa y moral. Así lo podemos observar, por un lado, en la grosera degeneración del fetichismo y en la propensión á soeces especulaciones (sacerdotes negros de fetiches), y por otro, cuando á exageraciones que tienen su natural explicación se postergan las sanas ideas religiosas. Preséntanse también circunstancias sociales que excitan á la explotación y que no dejan de ser aprovechadas, como, por ejemplo, sucede hoy con el espiritismo. En general hay motivo para creer que existe engaño cuando se presentan hechos de este carácter en épocas en que así las ideas religiosas como las ciencias naturales facilitan los medios de marcar los debidos límites de lo moral y de lo natural, é igualmente cuando semejante estado psíquico es explotado en beneficio propio, ya sea por las mismas personas que parecen sujetas á él, ya sea por la comunidad religiosa á cuyo servicio se han puesto.

carácter pagano. Tal vez provenga de ahí que en la época más antigua las funciones de vidente fueran postergadas á las del sacerdote y su oráculo. Pero es posible que también haya influido en esto la circunstancia de que el sacerdote con el oráculo de la suerte da en forma ordenada y clara y á todo momento la contestación, mientras que la del vidente depende de condiciones de tiempo propicio, y es además muchas veces oscura y ambigua.

Estos sacerdotes, porque sirven á Jehová y se presentan ante él, se llaman *kohanim*, y como esta misma palabra significa en árabe «adivino», hemos de admitir que en tiempos más primitivos no solo daban oráculos por medio de la suerte, sino también en estado de clarividencia y de éxtasis. De esto puede deducirse, en primer lugar, que se pasó del libre «videntismo» al sacerdocio encargado de un metódico oráculo por medio de suertes, ó expresándolo de otro modo, y en segundo lugar, que el antiguo sacerdocio israelita parece haber procedido de los videntes que residían en determinados lugares de culto. Con esto concuerda el hecho de encontrarse á los *kohanim* tan solo en lugares donde hay un santuario con una imagen de Dios ó un objeto natural venerado como morada de Dios, por ejemplo, en Dan, Bet-el, Nob, Samaria, donde se guardaban imágenes de Dios, y en Silo y Jerusalén, donde estuvo el Arca. Allí estaba confiada la custodia y conservación de estos santos objetos á un vidente, el cual echaba al propio tiempo la sagrada suerte en nombre del dios que habitaba en aquellos sitios. Concuerda asimismo todo esto con el hecho de que en los tiempos antiguos se ve que la verdadera, ó á lo menos la principal misión del sacerdote no es sino consultar el oráculo. Según el Deut., 33, 10, debía guardar la palabra de Jehová, observar sus estatutos, enseñar sus juicios á Jacob y su ley á Israel (2). El distintivo del sacerdote es el sayo ó ropaje exterior, llamado *ephod bad*. En los grandes santuarios, que tienen varios sacerdotes, si bien uno de estos es el sacerdote, ó director del santuario, todos llevan el *ephod-bad* (3), y para poder consultar el oráculo siempre que convenga, acompaña el sacerdote á su rey á la guerra. Además del *ephod bad*, parece que en muchos casos se usaba también un báculo como signo de la dignidad sacerdotal, según se desprende de las leyendas sobre la vara maravillosa de Moisés.

El objeto que sirve al sacerdote para guardar el oráculo de la suerte se llama *ephod*, siendo aun hoy motivo de controversia si bajo este nombre se ha de entender la imagen de Dios antes mencionada ó el sayo sacerdotal (*ephod-bad*). El oráculo mismo se llama *Urim y Tummin* (4), á causa de las

(2) Ha contribuido á impedir la propagación de conceptos más exactos sobre el antiguo Israel la definición que se hace del sacerdote como sacrificador, cuando solo lo es secundariamente y sin que en esto se diferencie en manera esencial de los demás padres de familia israelitas. En el Deut., 33, 8-10, solo al final se hace breve mención del servicio de sacrificios.

(3) Véase 1. Sam., 22, 18.

(4) Es en verdad proceder con manifiesta torpeza pretender formarse un concepto de lo que era el oráculo de la suerte ó por suertes, partiendo, no de los casos históricos concretos en que se puso en práctica (véase Jueces, 1, 1-17, 5, 10 y siguientes; 1. Sam., 14, 18 y siguientes, 30, 7-28, 6-2. Sam., 2, 1-5, 19 y siguientes), sino de los pasajes de la legislación posterior en que se hace mención del *Ephod* y del *Urim y Tummin*: (Ex., 25, 7-28, 1 y siguientes, 29, 5 y siguientes; Lev., 8, 3 y siguientes). Estos pasajes no son más que eco de las especulaciones de los posteriores que pensaron en restablecer el oráculo después de la restauración (Neh., 7, 65), pero que se vieron obligados, como consecuencia de la transformación del culto, á limitarlo en manos del supremo sacerdote. Opóñese además á la exacta inteligencia de lo que era el oráculo del *Urim y Tummin* la especial circunstancia de que los dos pasajes principales que tratan del particular — 1. Sam., 14, 18, 41 — se encuentran estropeados en el texto masorético de manera que solo podemos deducir su sentido cotejándolos con los de la versión de los LXX.

dos suertes de que consistía (1. Sam., 14, 41, versión de los LXX). En escritos más modernos se evita mencionar este nombre, y en su lugar se dice «la suerte.» Cuando el sacerdote quiere consultar el oráculo, va á buscar el *Ephod* y hace preguntas á Dios ó Jehová, el cual contesta por medio de la suerte. En escritos posteriores se llama á esto «echar la suerte.» Las respuestas son «sí» ó «no.» El empleo de la sagrada suerte debía ser por lo mismo muy complicado y detenido — consistía en ir excluyendo lo que no había de ser por medio de sucesivas preguntas, hasta obtener una contestación satisfactoria, como lo expresa muy exactamente el pasaje deuteronomista 1. Sam., 10, 20 y siguientes. — De 1. Sam., 14, 41 (LXX), se desprende que se podía á voluntad aplicar á determinada persona ó cosa la suerte *Urim* ó *Tummin*, en cuyo caso se echa «entre éste y aquél,» y la suerte «toma,» «coge» á uno de los dos. De todo esto es evidente que ambas suertes eran figuras de distinta forma conocidas de todos los profanos. Deut., 33, 8 y siguientes nos indica que se cuidaba de confiar á sacerdote de reconocida imparcialidad el manejo del oráculo de las suertes.

Cuando el oráculo no contesta, esto demuestra que Jehová está enojado á causa de algún pecado que pesa sobre el que le consulta (1. Sam., 14, 38 y siguientes; 28, 1 y siguientes). Trátase entonces de averiguar por medio del oráculo también el motivo del enojo, y se ha de expiar la falta para poder obtener la deseada contestación.

El oráculo mismo es «palabra» ó «decision,» «juicio» de Dios (*berit*, Deut., 33, 8), mas como suerte (lance) se le da generalmente el nombre de *lora*, y á las sucesivas decisiones ó respuestas el de *lorot*, cuya palabra fué aplicada después á toda enseñanza ó consejo de un sacerdote ó vidente, y el sacerdote, en el concepto de ser el que echa la suerte del oráculo, se llama *m'rae*.

En vez de *Urim y Tummin*, en Os., 3, 4, se hace mención del *Ephod* y del *Teraphim* (1). Esto da lugar á suponer que se emplearían para echar la suerte dos figuritas de las llamadas *Teraphim*, y así se podría explicar la repugnancia de los posteriores á nombrar el oráculo de *Urim y Tummin*. Ciertamente nos encontraríamos en tal caso ante una perspectiva singular: de considerar á los *Teraphim* como manes, habríamos de admitir que el oráculo de *Urim y Tummin* es la transformación de un oráculo de manes en oráculo de Jehová (2), como en la Grecia los oráculos de Apolo sustituyen á los antiguos de espíritus terrestres (3); Jehová es el que contesta ahora en lugar de la divinidad antigua invocada, y «preguntar á *Elohim*» ó «preguntar al *Teraphim*» sería una expresión antiquísima, á la cual la posterior «preguntar á Jehová» ha dado otra significación (4).

A juzgar por los Libros históricos, parece que el oráculo del *Urim y Tummin* no se empleó en la época de los reyes sino en los reinados de Saul y David. Mas son tan escasos y defectuosos los datos que poseemos sobre Salomón y los re-

como semejantes oráculos de la suerte se producen en todas partes en ciertos grados del desenvolvimiento religioso — perpetuándose hasta nuestra época en la forma del juego, no menos que en la de echar suertes y consultar la Biblia — no tiene objeto el hacer derivar del Egipto el oráculo del *Urim y Tummin*.

(1) No puede suponerse que fueran imágenes de Jehová, porque Oseas las condena.

(2) Los oráculos de los manes y los de los espíritus terrestres que con ellos están relacionados, son los más antiguos. Cuando se está en duda, se consulta á los que tienen mayor interés en el próspero desarrollo de la familia.

(3) Sobre todo es evidente en el de Delos, estando en igual caso el de Dodona, de Júpiter y de Dione.

(4) Así como en el pasaje: «Jesús subió al monte,» etc., etc., se trasluce el *Phol ende Vuodan vuorun vi holva*, de la leyenda merseburguesa; véase Grimm: «Mitología alemana,» págs. 1181 y 1182.

yes del reino dividido, que no es permitido deducir de ellos semejante conclusión. Sería aventurada la suposición de que el profetismo, que empezó á medrar desde los tiempos de Saul, postergara poco á poco el oráculo sacerdotal, pues que éste era precisamente el que buscaban los coetáneos de Amós en Gilgal y Beerseba (Amós, 5, 4-6), y solo á él también pueden referirse los pasajes de Miq., 3, 11; Hab., 1, 4-7; y Am., 5, 10.

Ya hemos visto en las páginas anteriores cómo sucedió que fueran confiadas preferentemente estas funciones á los individuos de la tribu de Leví, y que por lo mismo todos los sacerdotes, que, sin embargo, eran reclutados en las varias clases del pueblo — como nos lo demuestran el ejemplo de Samuel y los nombramientos hechos por David, y hasta se desprende de Deut., 33, 9 — pretendían descender de Leví y precisamente del mismo Moisés. En efecto, corresponde por completo á la regla observada en todas partes en el antiguo mundo que el fundador de una nueva religión perpetúe en su familia el sacerdocio de ella; por lo mismo tendríamos todo motivo para admitirlo así también por lo que se refiere á Moisés y su familia, aunque careciésemos de las indicaciones ya mencionadas. En cambio, á todo el que ha estudiado el desenvolvimiento de las antiguas religiones ha de parecerle por demás irregular el hecho de que, según la leyenda, el sacerdocio de Jehová se perpetúe en la línea de Aaron, hermano de Moisés. Aquí se evidencia la postergación de los elidas por los sadocitas en el santuario de Jerusalén.

Mas este sacerdocio que se perpetúa en la familia de Moisés, no es independiente de los santuarios del país. Su ejercicio presupone que en el que lo desempeña lo ha delegado el dueño del santuario, respectivamente el jefe de una familia, que, como se dice en Jueces, 17, le elija y tome «por padre y sacerdote.» Era rito de este nombramiento «llenar la mano.» El dueño del santuario llena de ofrendas la mano del nuevo sacerdote, que está de pie delante del altar, y de esta manera le transmite su derecho de sacrificar y le presenta al propio tiempo al dios como siervo suyo. Solo poseemos exactas descripciones del ritual de la época del cautiverio.

Es imponderable la influencia ejercida en el desenvolvimiento de la religión, del derecho y de las costumbres por este sacerdocio, administrador del oráculo de las suertes; semejante administración le da una autoridad moral sobre los que acuden al santuario, ante la cual todos se inclinan, porque en el oráculo se manifiesta la voluntad de Jehová. En la regularidad de sus juicios se reconoce que Jehová es Señor de Israel y se manifiesta en él. Los sacerdotes, como siervos de Jehová, inspiran temor religioso y son considerados inviolables (1. Sam., 22, 17). Las personas acuden á ellos en todos los casos difíciles de la vida diaria, y someten particularmente á su decisión cuestiones de derecho. Como guardadores del santuario hacen respetar el derecho de asilo. ¿Quién se atreve á proceder contra la palabra de Jehová ó á incurrir en su ira profanando su santuario? Son personas sagradas, apartadas de la lucha de las varias familias y razas (5), representantes de un poder superior que está por encima de las pasiones humanas. Nadie, por lo tanto, mejor que estos antiguos sacerdotes, en el primitivo Israel, debía proteger el derecho y la desgracia contra la violencia, castigar las demasías de los poderosos, y por este medio robustecer el sentido moral, suavizar las costumbres y educar al pueblo. Son, como en la antigua Grecia, los directores espirituales de las familias y de los pueblos entre los cuales ejercían sus funciones, los verdaderos representantes de las ideas religiosas y nacionales.

(5) Deut., 33, 9.



No hay institucion alguna del antiguo Israel que ofrezca caracteres de ser tan genuinamente israelita como los *kôhânim* y sus *tôrâ*, y esto abona las razones que se tuvieran para hacerlos descender de Moisés.

Tenemos, sin embargo, sobradas indicaciones de que estos sacerdotes no se contentaban con anunciar la voluntad de Jehova por medio del lacónico oráculo de las suertes, sino que interpretaban tambien esta voluntad, como los videntes de otros pueblos antiguos, en cortos discursos poéticos; y hasta nos ha sido conservado el texto de un antiguo oráculo, que acaso se pronunció en Beerseba con motivo de alguna contienda entre Israel y Edom (1):

«Dos pueblos hay en tu seno,  
Y dos naciones serán divididas desde tus entrañas:  
Y una nación será mas fuerte que la otra nación,  
Y la mayor servirá á la menor.»

Los sacerdotes como administradores del oráculo de las suertes son desde luego indispensables, pues que por ellos se pueden obtener explicaciones, cuando hay motivo para temer que la divinidad está enojada, y dados los conceptos antiguos israelitas de Dios y de las relaciones de éste con el mundo, son naturalmente harto frecuentes los casos en que asoma este temor, que es terrible tormento. La conciencia del antiguo israelita fluctua entre los dos extremos: la completa confianza de tener de su parte á Jehova, y el angustioso temor de haber de precaverse de sus inesperados castigos. Mas los sacerdotes no solo pueden explicar los motivos de la cólera divina, sino que saben tambien encontrar medios para aplacarla, y son, por lo mismo, los encargados de interceder así por el pueblo como por los individuos (1. Sam., 2, 25); ellos conocen el arte de «acariciar la faz de Jehova,» esto es, de calmarle, inclinarle á aplacar su ira, y, en caso necesario, á recibir de su mano por el pecador la ofrenda «en olor de suavidad.»

Así se explica que el antiguo israelita, cuando teme tener sobre sí algun pecado que puede encender la ira de Dios contra él, dé al sacerdote una moneda para que éste disponga favorablemente á Jehova, y que como expiación de una transgresion se imponga el pago de una cantidad al sacerdote ó al santuario; dinero que constituye, segun 2. Reyes, 12, 17, uno de los principales ingresos de los sacerdotes de Jerusalen.

Estos actos de intercesion por parte de los sacerdotes — como de los varones de Dios en general — tienen tambien su recuerdo en la sagrada leyenda. En gran manera los ejerce Moisés por su pueblo (Ex., 32, 31, y 32. Núms., 24, 13 y siguientes), y en las anteriores páginas hemos hecho ya indicaciones respecto de Abraham sobre el mismo particular.

La circunstancia de que en los principales lugares de culto substituyera la adoracion de Jehova á la de otros númenes, explica que en algunos de ellos se haya conservado una forma de oráculo que, muy extendida en la antigüedad, está verdaderamente en contradiccion manifiesta con el culto de Jehova. Hablamos del oráculo por incubacion, fundado en la creencia de que determinados espíritus se aparecen en sueños á los que duermen en los sitios que los tales espíritus habitan, y les comunican su oráculo. Entre los griegos y los itálicos (2) las sombras de los muertos y los espíritus terres-

(1) Gén., 25, 23. El v. 22: *Y fué á preguntar á Jehova, y respondióle Jehova*, sirve para dar al pasaje carácter de decision de oráculo, y probablemente se trata aquí de una leyenda sobre el origen del oráculo de Beerseba.

(2) Véase Preller: «Mit. Griega,» tomo I, págs. 97, 409; tomo II, página 362; Schoman: «Antigüedades Griegas,» tomo II, págs. 318 y siguientes; Marquardt-Mommsen: «Manual de las Antigüedades roma-

nas,» tomo VI (Administracion del Estado, tomo III), págs. 97 y siguientes.

tres son desde antiguo los que dan este oráculo, y por eso se acostumbra á relacionarlo con las supuestas entradas del otro mundo. En Israel vino tambien Jehova á sustituir en este particular á los antiguos *numina loci*, y así esta tradicion logró perpetuarse. Es característica de las ideas que prevalecian en tiempos de David y Salomon, que este último, poco despues de su subida al trono, fuera en busca de un oráculo por incubacion al santuario de Gibeon, pasando allí la noche despues de hechos los sacrificios (1. Reyes, 3). Como el redactor de 1. Reyes, 3-11, vivió bastante tiempo despues del reinado de Salomon, hemos de deducir que la costumbre del oráculo por incubacion existió en la última época de los reyes. De Oseas, 12, 5 — que dice: «Allí habla él con nosotros» — se desprende que el oráculo de igual género en Bet-el, cuyo fundador fué Jacob, segun la sagrada leyenda del sueño de éste (Gén., 28), era muy visitado todavia en tiempo de aquel profeta, sin que creyeran esto vituperable ni él ni sus colegas (3).

Tantas y tan importantes son, sin embargo, las reminiscencias de la religion de la naturaleza que se encuentran en la antigua religion israelita, que el concepto de «estar poseido de Dios,» concepto postergado temporalmente por el sacerdocio de Jehova y su oráculo de las suertes, vuelve á aparecer en el pueblo de Israel, como obedeciendo á un impulso exterior, con todo su vigor y en la forma mas fuertemente marcada, y da origen al profetismo (4), institucion que se conserva durante siglos, poniéndose por completo al servicio de las ideas de la religion de Jehova. Este es el Dios que se posesiona de los profetas, y son sus derechos los que ellos defienden con tanto celo. De ahí viene que este movimiento, si bien causa muchas desgracias, como todo el que procede de fuerza elemental, se convierta en poderosa palanca del desarrollo de la antigua religion israelita, y aunque degenerando al principio en formas paganas libre á esta religion de transformarse en un paganismo politeista y defendiendo victoriosamente la idea de Moisés: que Jehova es el único Dios en Israel.

Pagano es el profetismo en su origen y en sus manifestaciones exteriores. No hace indicacion alguna de él la sagrada leyenda, ni se ve huella suya entre los hombres dedicados preferentemente á la conservacion del culto de Jehova. Se nos presenta de improviso en tiempos de Saul, y el pueblo no disimula la repugnancia con que lo acoge, como se comprende fácilmente que haga con todo lo nuevo ó extraño. «¿Quién es su padre?» preguntan las gentes en Gibeon, cuando Saul es presa tambien del éxtasis. Tambien Baal tiene sus profetas que propagan su culto y le sacrifican como sacerdotes, danzando en torno de su altar é hiriéndose en su excita-

nas,» tomo VI (Administracion del Estado, tomo III), págs. 97 y siguientes.

(3) Del sueño de Samuel (1. Sam., 3, 3) no se puede deducir que existiera en Silo un oráculo de incubacion, porque Samuel no sabe quién es el que le llama. No es posible determinar si la cueva en el Horeb, en la cual es comunicado á Elías un oráculo, segun la intercalacion de 1. Reyes, 19, 9<sup>b</sup>-11, era considerada como lugar de esta clase de oráculos.

(4) Al profeta se llama *nábi*. Es muy dudosa la etimología de esta palabra (véase G. Hoffmann, en la «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1883, págs. 87 y siguientes. Se interpreta muy diversamente, segun se la toma en sentido pasivo ó activo. Es, sin embargo, relativamente poco importante lo que fuera su significacion primitiva, pues lo que fueran los profetas nos lo enseñan suficientemente los datos históricos. No partir de estos, sino de una etimología de la palabra *nábi* para determinar el modo de ser del profetismo, es lo usual, aunque poco metódico. Muchos tambien no llegan á formarse juicio exacto del profetismo, porque consideran al profeta como adivino de cosas futuras, lo que no hay duda que es, á veces, pero solo secundariamente, y así des- cuidan lo principal.

cion religiosa con espadas y lanzas (1. Reyes, 18, 26 y siguientes) (1).

Estos profetas se diferencian del antiguo vidente en que se presentan en bandadas y tropes, ora teniendo morada fija, ora recorriendo el pais, siempre comunicando su fervor á otros individuos y engrosando con estos sus filas. La clarividencia queda oscurecida en ellos por las ruidosas demostraciones de la *posesion*. La mano de Dios les sacude violentamente, y así vociferan, bailan y saltan, pronunciando atropelladamente las palabras que Dios les inspira (2). Esta violenta excitacion es fomentada por ruidosa música; así nos lo describe 1. Sam., 10, y el otro pasaje en que se dice: «¿Tambien está Saul entre los profetas?» que acaso en su origen era alusivo á la melancolía y á los accesos de furia de Saul (1. Sam., 19, 18-24) (3), es una gráfica representacion de la manera de ser de aquellos entusiastas. Se nos refiere, asimismo, un rasgo de Elías que nos demuestra que estos *poseidos* pueden en sus éxtasis hacer trabajos corporales, que en su estado normal no podrian prestar en manera alguna. Despues que Elías ha vencido en el Carmelo á los profetas de Baal y dádoles muerte en el torrente de Kischon, y despues de haber logrado que el rayo con que Jehova á sus ruegos prende fuego á su holocausto, produzca una espantosa lluvia torrencial, de la que aconseja á Acab que huya, se apodera de él el espíritu de Dios y echa á correr delante del carro del rey desde el Carmelo hasta Jisreel.

En resumen, por los datos que poseemos de la actividad profética en la época antigua, parece indudable que en ella habia señales manifiestas de la misma «enfermedad religiosa» que excitaba hasta la locura furiosa á los servidores de Dionisio (Baco), que hacía que se causaran heridas y se mutilaran los sacerdotes de la diosa siria y de la Cibele, y que aun hoy se puede observar en los derviches del Oriente mahometano, produciendo tambien en estos, actos extraños y hasta repugnantes, y dando á todos estos fanáticos el carácter de santidad, por mas que la *posesion* les lleve á cometer actos inmorales.

Se comprende naturalmente que esta «enfermedad religiosa» haya de manifestarse con efectos muy distintos, segun el carácter de la deidad á cuyo servicio está, pues es el rasgo peculiar de estos «poseidos» que, para representar al dios que se ha apoderado de ellos, procuren hacerse gratos á él amoldándose á su modo de ser. Por eso en los profetas israelitas debia manifestarse el especial y propio carácter de Jehova. Como éste quiere ser solo y único señor en Israel, es obligacion de los profetas hacer prevalecer este concepto. Cuando Ocozías, enfermo, quiere consultar á Baal-Zebub, de Ekron, Elías se presenta de improviso á su emisario y le dice: «¿No hay ya Dios en Israel, para que vayas á consultar á Baal-Zebub, el dios de Ekron?» Así se explica la mision histórica del profetismo israelita, en cumplimiento de la cual estuvo en conflicto con la dinastía de Omri y la derrocó.

En este aspecto peculiar del profetismo influía tambien la circunstancia de que á la cabeza de los profetas estaban como directores y padres espirituales algunos hombres de talento excepcional. Congregábanse varios de ellos bajo la direccion

(1) Sobre si el profetismo es un fenómeno que procede de otros países, véase Kuenen: *De profeten en de profetie onder Israel*. Leiden, 1875, parte segunda, págs. 325 y 326.

(2) De ahí que para el antiguo israelita significó la misma palabra: «ser profeta» y «obrar como profeta,» y tambien «estar furioso.» Y «loco» es sinónimo de profeta; y en genuina opinion animista, aun hoy existente, el loco está poseído de Dios.

(3) No hace al caso que el hecho no sea histórico; el redactor conocia por propia experiencia á los profetas.

de uno de estos hombres eminentes á quien veneraban como maestro, jefe y santo, como varon de Dios y hacedor de milagros, que les auxiliaba en todos sus apuros, segun se desprende con harta evidencia de las leyendas de Elías y Eliseo. La veneracion que los jefes de estas congregaciones de profetas inspiraban al mismo pueblo, se nos manifiesta claramente en 1. Reyes, 18, 7. Los individuos de estas comunidades, á las cuales se suele dar el nombre de escuelas de profetas (4), se llaman como tales hijos de profetas; la palabra no expresa descendencia de un profeta, pero es muy probable que á menudo se haya heredado la profesion. Lo que se nos refiere de Elías es un indicio de que el neófito era sometido á un período de prueba antes de ser aceptado, y por el relato de 2. Reyes, 9, vemos que, como en todas las comunidades de igual clase, se exigia de todos sus individuos obediencia incondicional á los superiores. Coincide asimismo con lo que se observa en otras congregaciones de igual índole, que el superior eduque para ser su sucesor á uno de sus miembros de dotes mas sobresalientes, como Elías hace con Eliseo. Los pasajes de 1. Reyes, 18, 4 y 22, 6, nos dan una idea del gran número de individuos que componian estas asociaciones, y fácilmente nos podemos formar concepto del poder considerable de que disponia el superior de una de tales escuelas, dada semejante organizacion y el respetuoso temor que inspiraba todo profeta (5).

No se puede determinar qué género de relaciones existian entre los profetas mas antiguos y la secta de los recabitás, cuestion que suscita el pasaje de 2. Reyes, 10, 15.

Con razon se ha comparado el concepto en que tenian los antiguos israelitas á los varones de Dios con el que de estos aparece en las religiones naturales animistas, pues justifican esta comparacion los hechos que la leyenda atribuye así á los sacerdotes como á los profetas. Hay en estos hechos mucho que recuerda los milagros y hechizos de los sacerdotes paganos, y aun mas: de la virtud y saber de estos apodados se diferencian principalmente la virtud y el saber de los varones de Dios israelitas sino en que son efecto directo de Jehova. Moisés se presenta ante el Faraon como un taumaturgo pagano con su vara, con la cual hace milagros, como sacar agua de la peña. Elías y Eliseo ejecutan igualmente una série de milagros que se asemejan bastante á hechicería, y que solo se hacen aceptables al criterio israelita substituyendo al conjuro la oracion á Jehova. Elías hace que no se acabe la harina en la tinaja, ni el aceite en la botija de la viuda de Sarepta (1. Reyes, 17, 14 y siguientes), y rescuita á su hijo muerto mediante ciertos actos y ademanes (17, 17 y siguientes), milagros que refiere tambien Eliseo en 2. Reyes, 4; y su proceder cuando la gran sequía (1. Reyes, 17, 1-18, 21 y siguientes) recuerda en cierto modo el tan célebre conjuro de la lluvia en Africa. Manda consumir por el fuego celeste á dos capitanes de 50 con los 50 hombres que cada uno de ellos llevaba (2. Reyes, 1, 9 y siguientes); divide las aguas del Jordan con su manto de profeta (2, 8), y con éste deja en herencia su virtud milagrosa á Eliseo, el cual repite el mismo milagro (2, 14). Eliseo sanifica unas aguas malas de Jericó arrojando en ellas sal (2, 19 y siguientes); hace que sean comidos por osos unos muchachos que se burlaban de él (2, 23 y siguientes); cura á Na'aman de la lepra mandándole bañar en el Jordan (2. Reyes, 5); hace nadar el hierro en el agua

(4) La palabra hebrea nos ha sido transmitida en 1. Sam. 18, 19 y siguientes, mas no ha sido posible determinar su pronunciacion.

(5) Como apenas existe dato alguno acerca de lo que se hacia en estas escuelas de profetas — lo que por otra parte importa muy poco saber — han sido hasta en los tiempos mas modernos objeto predilecto de especulaciones é hipótesis para los que estudian el Antiguo Testamento como meros aficionados y abusando de la fantasía.



(2. Reyes, 6, 5 y siguientes), y ciega á los sirios para que se dejen llevar al mercado de Samaria (6, 18 y siguientes).

Tienen asimismo puesto especial entre los varones de Dios, los nazareos, que profesaban la creencia, tan general en las religiones animistas, de captarse el particular agrado de Dios absteniéndose de determinadas cosas. De la leyenda de Samson y de Amós, 2, 11 y siguientes, se desprende que los nazareos — y esto es igualmente aplicable á los recabitas — se abstenerían de beber vino y se dejaban crecer libremente el cabello. Según lo expuesto en las páginas anteriores, podría interpretarse esto como escrupuloso apartamiento del culto de los antepasados, y con ello concuerda que la legislación posterior (Núms., 6, 1 y siguientes) prescriba evitar toda contaminación por contacto con un muerto, aunque sea el pariente más cercano. No ejercieron, sin embargo, influencia alguna en la religión de Jehová estos ascetas consagrados á Dios.

Por último, hallamos asimismo en Israel la hierodulia, ó sea la clase de los dedicados al servicio del santuario sin ser sacerdotes, y vemos también en esta clase una variedad, á lo que parece, peculiar de la religión natural semita: la prostitución al servicio de la divinidad (1), práctica que corrientes semitas propagaron hasta la Grecia y la Italia (2). Estos individuos de uno y otro sexo se consideraban también como consagrados á la deidad, y se les llama por lo mismo kedesch (cedeses). La leyenda de Judá y Tamar es un indicio de que esta manera de servir al dios con la propia persona estaba muy extendida (3). Ciertamente que esta leyenda tiene por escena una comarca en la que se habían amalgamado elementos israelitas y cananeos, y la hipótesis de que semejante uso no pertenece á los llevados por los israelitas del desierto sino á los tomados de los cananeos, resulta bastante confirmada por la comparación de las demás costumbres. La monstruosa impudicia propagada por tal institución parece que era tan exótica en los israelitas como corriente entre los cananeos. Sin embargo, pues que desde los tiempos más antiguos se testimonia repetidas veces la asistencia de los kedesch al templo de Jerusalén; pues que se hace frecuente referencia á su expulsión; pues que la ley en el Deut., 23, 18 y 19, cree necesario prohibir á hombres y mujeres israelitas el llevar «precio de ramera» ni «precio de perro», ó sea el dinero adquirido por medio de esta hierodulia, á la casa de Jehová, y pues que Ezequiel nos dice que se designaban los altos con un nombre derivado de los actos impúdicos que en ellos se practicaban (Ezeq., 20, 26, 29) y cuya etimología no es de nuestro gusto apreciar, es evidente que de aquel uso inmoral fué contagiado Israel y tiene grandes visos de probabilidad la deducción de que fué trasplantado del culto de las deidades cananeas al de Jehová. Es verdad que contra este elemento de la religión de la naturaleza parece que levantaron muy pronto oposición los representantes del concepto nacional de Jehová.

No poseemos sino datos aislados sobre la hierodulia usual, en la cual el dios, ó respectivamente el santuario, es para el hieródulo lo que el señor al esclavo ó siervo, teniendo que prestar éste determinados servicios (4). En Ezeq., 44, 7, se

(1) Véase sobre esto las Colecciones de F. Morors: «Los fenicios», tomo I, págs. 679 y siguientes.

(2) Véase Hermann: «Antigüedades», tomo II, pág. 478.

(3) La leyenda de Judá y Tamar no se refiere á la prostitución religiosa, sino á la prostitución simplemente. Las mujeres públicas se ponían á la orilla de los caminos á aguardar á los transeúntes.

(N. del T.)

(4) En los antiguos helenos encontramos como siervos de los templos, esclavos comprados y prisioneros de guerra, como también poblaciones enteras dedicadas á este servicio y que por lo mismo eran tributarias del templo. Véase Hermann, tomo II, págs. 147 y siguientes.

censura á Israel el haber permitido que paganos prestasen servicio en el santuario y le hubiesen profanado así. Del cautiverio regresaron gremios ó comunidades de esclavos del templo (*netinim*) y siervos de Salomón. De esto se puede deducir que se hizo presente de prisioneros de guerra como esclavos al templo de Jerusalén. En Jos., 9, 27, se nos dice que Josué destinó á los gibeonitas (gabaonitas) como leñadores y aguadores al servicio del altar de Jehová, esto es, que les impuso la obligación de suministrar el agua y la leña necesarias para el altar. A este dato no hay que objetar sino que por «Josué» se ha de entender «Salomón ó uno de los reyes posteriores.»

#### V. Aptitud para el ejercicio del culto. — Limpio é inmundo. — Manjares prohibidos.

Así como nadie se atreve á acercarse á un poderoso de la tierra en traje para él ofensivo ó inconveniente, ni puede esperar que le admita á su servicio mientras está al de otro y ostenta los distintivos de esta servidumbre, tampoco puede ser permitido acercarse á su dios, si á sabiendas se está en relaciones con otras deidades ó siquiera se ha estado inconscientemente en contacto con ellas; porque de hacerlo así, se irritarían sus ojos y se encendería su ira. La persona que se encuentra en semejante estado es *inmunda*, y ante los ojos de Dios solo es permitido presentarse *limpio*. ¿Y quién osaría presentarse sucio (5), siquiera ante un rey ó poderoso? Es, por lo mismo, prevención de indispensable observancia, no proceder á ningún acto solemne de sacrificio si no se tiene la seguridad de hallarse limpio, y esto se logra guardándose durante determinado espacio de tiempo de toda contaminación y «santificándose», esto es, lustrando cuerpo y manos por medio de abluciones (Ex., 19, 10 y siguientes. 1. Samuel, 16, 5). Así se está en aptitud de acercarse al Dios Santo (6). La impureza ó inmundicia que aleja del altar de Dios es de distinto grado, según se propaga á otros ó no. En el primero de estos casos, el inmundo es también excluido de la sociedad de los hombres; porque si su impureza contamina á otros, les incapacita para ejercer actos del culto y tomar parte alguna en ellos, como, por ejemplo, comer carne de las víctimas; y no tomar parte en los actos del culto, haber de mantenerse alejado de los altares era terrible desgracia para el hombre de la antigüedad, que se veía así privado de poder granjearse la protección de su dios y del trato con sus compatriotas, hallándose temporalmente en la durísima situación del puesto en entredicho. Por eso encontramos en pueblos bastante sucios en lo demás y poco escrupulosos en sus manjares (7), prohibiciones muy severas que tienen por objeto evitar toda contaminación, para conservar, en cuanto fuere posible, á los hombres en aptitud de ejercer el culto y preservarles del peligro de provocar la cólera de una deidad ejerciéndole en estado inmundo.

Este concepto fundamental de pureza é impureza, ó sea de lo limpio y lo inmundo, es propio no solo de la antigua religión israelita, sino también de un sinnúmero de cultos paganos, así de épocas anteriores como posteriores. Precisamente en este campo de ideas es donde aparecen en el pueblo de

(5) Así se explica que *rásh*, «pecable», significara primitivamente «sucio.» Con la expresión contraria *saddik* se designaba lo que respondía á la idea de limpieza según las prescripciones del culto.

(6) La relación del concepto de «limpio é inmundo», con el de la santidad de Jehová se desprende con especial claridad de la tora en Deut., 23, 10 y siguientes, que tiende á impedir la contaminación del campamento de Israel, siendo éste lugar de culto y de la presencia de Dios, porque contiene un altar. Véase también Isaías, 6, 5.

(7) La repugnancia respecto de ciertos manjares suele ser generalmente efecto del ejemplo ó de la imitación.

Israel las huellas más evidentes de primitivas y postergadas creencias paganas. El antiguo israelita ha de guardarse de múltiples transgresiones si no quiere caer en estado inmundo para el culto y verse por lo mismo privado también de las satisfacciones del trato social (1. Sam., 20, 26), y en ciertos casos, costumbres tradicionales le obligan á considerarse temporalmente como inmundo para el culto.

De lo expuesto se desprende que los motivos de la impureza ó contaminación de una persona ó cosa son puramente religiosos, así como en todos los fenómenos de la vida social poco desarrollada, y muy marcadamente en la antigüedad, los móviles de orden religioso son los que más se destacan. Es muy característico que los teólogos, á pesar del celo y de los esfuerzos que muchos han dedicado al asunto, no hayan llegado en general á juzgar debidamente este hecho (1).

Para el israelita es limpio todo lo que puede acercarse ó ser sacrificado á Dios, el Santo; los manjares solo son limpios y están exentos de todo riesgo de contaminación cuando de ellos se ha sacrificado á Jehová, y por eso de las cosechas y de los rebaños corresponden las primicias al altar de Dios. Por lo que vemos, en la época histórica las piezas de caza no son llevadas al altar, sino que son degolladas cuando se cobran, y se derrama su sangre sobre la tierra; esto se interpretaba en aquella época como libación á Jehová, mientras que, según veremos más adelante, tiene primitivamente otro sentido. Por eso la tierra de Jehová, donde se sacrifica á éste, es limpia, mientras que la extraña es inmunda y no se puede ejercer en ella el culto de Jehová (Oseas, 3, 4). Este es el motivo que impide á Israel aceptar la proposición del Faraón para sacrificar en la tierra de Egipto, porque de hacerlo, sacrificaría la abominación del Egipto, esto es, presentaría ofrendas que estaban en contacto con los dioses egipcios (Ex., 8, 22 y siguientes) (J). El israelita que abandona su país, come manjares inmundos (Oseas, 9, 3, 4), así como el que muere fuera de él, muere en tierra inmunda (Amós, 7, 17; Ex., 4, 13).

El que practica culto ajeno en la tierra de Jehová, contamina á ésta y se contamina á sí mismo (Jerem., 2, 7, 23). La Palestina es la «Tierra Santa», porque en ella está el culto de Jehová. Mas no solo es inmundo todo aquello que se relaciona con el culto de dioses ajenos, sino también todo cuanto procede de las antiguas creencias y del antiguo culto de los habitantes de la Palestina. Viene á confirmar en gran manera la conclusión, que ya hemos adelantado, de que la religión de Jehová no sustituyó á una religión politeísta cualquiera, sino á la creencia en los espíritus, al culto de los antepasados y al totemismo, el hecho de que la impureza ó contaminación de determinados objetos puede ser referida siempre á uno ú otro de estos cultos.

Por el temor de recaer en el culto de los antepasados se explica la impureza de la casa mortuoria, del sepulcro y del cadáver humano, como también que el sepelio hecho por los

(1) Para convencerse de lo difícil que es formar criterio sobre este punto con las ideas dominantes en los bandos teológicos, véase el confuso artículo de König sobre «limpio é inmundo» en la *Enciclopedia* de Herzog. También Raskoff, en su artículo: «Legislación sobre las viandas», en el *Lexicon Bíblico* de Schenkel, 5, 356, está fuera del verdadero terreno derivando la distinción entre lo limpio y lo inmundo de la experiencia, del horror que infunde todo lo muerto, del asco y repugnancia á ciertos animales y manjares, y de circunstancias de clima y diversidad en el modo de ser de los pueblos, y solo tomando finalmente en cuenta los conceptos religiosos como factores modificadores. A. Merx, en su artículo «saturno» 5, 197, de la misma obra, presenta puntos de vista más exactos. En la única prohibición de este género que se observa en Alemania, la de carne de caballo, se transparenta igualmente con sobrada claridad el motivo religioso: el caballo era la víctima en los sacrificios de los antepasados paganos.

parientes y la práctica de los usos fúnebres sea contaminación. El alma, mientras está insepulto el cadáver, permanece cerca de éste, y luego en el sepulcro (2); de ahí la costumbre de que las personas que están ligadas en manera especial á Jehová (véase el IV parágrafo de este capítulo) deban abstenerse, en cuanto les sea posible, de tomar parte en las prácticas del sepelio y del duelo y de comer en la casa mortuoria, como también de hacer ciertas lustraciones al cabo de un plazo determinado por los interesados en el duelo (3).

Inmundas y contaminadoras son asimismo todas las personas que están bajo la influencia de espíritus, ó sea «poseídas» de estos; pero en tal estado de «posesión» se encuentran, según antiguo concepto que aun hoy día se evidencia repetidamente en los pueblos que profesan todavía religiones animistas, cuantos individuos padecen ciertas enfermedades ó han practicado actos que están bajo la protección de determinados espíritus (4).



Actitud en la oración.

Por lo que se acaba de decir el goce sexual hace inmundo al hombre (1. Sam., 21, 4 y siguientes) y á la mujer (2. Samuel, 11, 4) (5), y les incapacita en la época antigua para tomar parte en el culto antes del tercer día (6). En mucho mayor grado contamina, por igual motivo, el parto (7). La

(2) Ya hemos tratado de este concepto en las páginas anteriores; y de que estuvo en vigor hasta la época talmúdica se encontrarán testimonios en Bergel: «Mitología de los antiguos Hebreos», tomo I, págs. 57, 79; tomo II, 9, 49, 54; véase Hermann: «Palestina y Babilonia», Viena, 1882, págs. 1 y siguientes. Semejante concepto era propio también de los antiguos griegos y romanos, y se ha perpetuado hasta nuestros días, así en ciertas locuciones como en las costumbres.

(3) Sobre las antiguas costumbres griegas que más marcadamente revelan el culto de los muertos, véase Hermann: «Tratado de las Antigüedades griegas», tomo IV, págs. 362 y siguientes. Es igualmente testimonio de la existencia de semejantes ideas el cuidado que se tenía de que el muerto, víctima de violencia, no quedara sin expiación ni sepultura (Deut., 21, 1 y siguientes). Los ritos observados con este motivo pudieron muy bien ser imitación de antiguos sacrificios á los manes; véase la ilustración griega del Demos en casos análogos, en la obra ya citada de Hermann, V, 365, nota 3.

(4) La idea de la inmundicia de los enfermos es seguro indicio de creencia en los espíritus. Ya hemos indicado anteriormente que muchas enfermedades son consideradas como visitas de los espíritus de los antepasados. Véase Waitz Gerland, tomo I, págs. 322, tomo VI, págs. 394 y siguientes; Tylor, tomo II, págs. 123 y siguientes; Lippert, págs. 5 y siguientes, y Spencer, tomo I, págs. 279 y siguientes. Así se explica que en ese grado de cultura se emplee la magia y no la medicina para combatir las enfermedades. Igual origen tiene la superstición alemana de la «posesión» y del método simpático de curación.

(5) Esto viene á hacer más evidente el origen de la peculiar variedad semítica de la hierodulia, mencionada en las páginas anteriores.

(6) La continencia era seguramente uno de los medios para «santificarse». Ya hemos visto anteriormente cómo la licencia se indemnizaba después de esta abstinencia.

(7) En las frases «Jehová abre» y «cierra la matriz» se transparenta